No se bajó para tomar la escudilla.

Juanillo se quedó, durante un instante, como aturdido. Luego, echando mano de todo su valor, comenzó á correr atrevidamente en pos de la Hada.

VIII.

Persecucion de la Hada.

Juanillo era el muchacho mas corredor de la comarca; pero la Hada iba con la misma rapidez que el viento, y el momento de indecision del pescador de mariscos habia dado á la muchacha un centenar de pasos de delantera.

Al cabo de diez minutos de carrera parecia que no habia perdido una pulgada de terreno. Dirigíase en derechura hácia la playa.

Juanillo tiró sus almadreñas. Estaba ya cubierto de sudor.

Pero aumentaban mas que nunca sus esfuerzos.

—Afortunadamente, pensaba, la marea está baja; porque la Hada camina sobre el agua como sobre la arena; y lo que es sobre el agua no podré seguirla. Pero, ¿por qué no ha cogido la escudilla llena de comida? El manjar era bueno esta noche. Quizás le guste mas la torta de trigo.

Estas sérias meditaciones no le impedian que corriese con rapidez normanda á lo largo del Couesnon. Á la sazon, que iba ya descalzo, sabe Dios el terreno que adelantaba.

El sendero que seguia el Hada bajaba hácia la playa y describia mil recodos entre los setos.

Alzábase la luna en medio del cielo, serena y brillante.

Cada vez que el Hada describia un recodo del camino, Juanillo le trasponia á su vez y la veia de nuevo, ligera como una vision.

No metia ruido al correr; al menos Juanillo no oyó sus pasos. Una vez creyó verla volverse para lanzar una mirada hácia atrás.

Era muy cerca de la playa, al pié de un molino de viento arruinado, que estaba rodeado de malezas y de retoños de álamo blanco.

La Hada, que sin duda hasta aquel momento no sabia que la perseguian, saltó bruscamente en medio de las malezas.

Juanillo la perdió de vista.

Dió la vuelta al molino. Detrás de este se hallaba la playa, uniformemente iluminada por la luna, y en la que de seguro nadie podia esconderse.

No habia niebla: se veian, á lo léjos, el Monte San Miguel, y Tombelene, negros ambos, y destacándose muy claros en el azul del cielo.

Juanillo dió otra vuelta en torno del molino arruinado, y luego, sin perder tiempo en registrar las malezas, se echó en el suelo y arrimó el oido á la arena.

Oyó tres cosas.

Al Oeste, por la parte de San Juan de las Playas, pasos de caballos que resonaban sobre los guijarros del camino. Al Norte la voz sorda del mar, y hácia el Oriente un paso leve.

Este último ruido era tan débil, que se necesitaba el oido perspicaz de Juanillo para percibirlo.

Se levantó radiante.

—Mia es, repuso.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Y saltó como un cervatillo en direccion al ruido leve, que era el de los pasos de la Hada. Esta habia entrado en las tierras labradas en el momento en que Juanillo daba la vuelta al molino.

Para proteger una fuga, la playa está sobrado descubierta.

El Hada no sabia, probablemente, con qué género de enemigos tenia que habérselas. Pensaba en otras muchas cosas muy distintas de Juanillo.

Cuando miró hácia atrás, oyó una cosa que se movia en el camino y nada mas; porque la luna estaba al Poniente y le daba á Juanillo de costado, mientras que iluminaba de lleno á la Hada.

La pobre Hada habia dicho para sí:

—Este viene delante porque corre mas de prisa; pero los otros vendrán detrás de él.

Los otros eran los hombres de armas y los soldados que antes estaban dormidos en la sala grande del castillo de San Juan.

En su loca temeridad, el Hada los habia desafiado, y á la sazon iban á castigarla.

La Hada no se engañaba mucho, porque en el mismo momento bajaban por la colina del castillo de San Juan ocho ó diez jinetes, que corrian á galope por el camino de la playa.

Solo que Juanillo no servia de vanguardia á aquel grupo de jinetes.

Cazaba por cuenta propia.

La Hada habia juzgado en seguida que no podria escaparse sino por medio de la astucia.

Ahora bien: ¿necesitan nunca las Hadas recurrir á la astucia? ¿No sabia ya montar á caballo en los pálidos rayos de la luna, que eran su cabalgadura habitual? ¿No podia saltar, jugando, por encima de los robles carcomidos del pantano, por encima de los manzanos ó de los álamos de blancas hojas, ó

deslizarse, mas rápida que el rayo, sobre la playa mojada, pasar saltando los brillantes remolinos de arena, y sepultarse en las olas hasta llegar á las grutas diamantinas, que están, como todos sabemos, en el fondo del mar?

A la verdad que no valia la pena de ser Hada, cuando necesitaba alejarse por sendas trilladas y torcer el camino como una liebre perseguida que quiere borrar su rastro y ocultarse en las malezas.

Este razonamiento estaba al alcance de Juanillo. Si lo hubiese hecho, acaso habria contenido su carrera, pues lo que necesitaba era una verdadera Hada, que pudiese convertir su miseria en opulencia, y no una Hada de casualidad, que temblaba de miedo como una chicuela.

Pero no hizo este raciocinio. Tenia completa confianza.

—¡Mia es! habia dicho.

Ya contaba como segura su presa.

El leve rumor que llegaba á su oido pegado al suelo, iba en direccion á Couesnon, cortando en derechura hácia el rio, sin abandonar la orilla de la playa. Juanillo se ahorraba todos los rodeos de los senderos que serpenteaban por las tierras.

Así pues, se lanzó por esta nueva senda con creciente ardor. De seguro la acorralaba é iba á tener miedo.

Se sonreia, y como los paladines al volar á la batalla invocaba el nombre de su amada.

—¡Simoneta! ¡Simoneta!

Quizás este nombre no suene heróicamente en vuestros oidos; pero Juanillo no conocia otro mas suave y armonioso.

La Hada tenia que ocultarse bien para no ser cogida.

Los riachuelos que surcan las playas son sumamente raros, y sobre todo el Couesnon, el *rio de Bretaña*.

Ningun rio sujeta su urna con manos mas caprichosas.

Torrente ayer, hoy humilde riachuelo, mañana sorprende á

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

los habitantes de sus orillas con la rapidez singular de sus caprichos.

Debiera tener un nombre temerario, porque esas veleidades caprichosas, no sientan bien á un dios barbudo, á no ser que esté en poder de alguna náyade.

Algunas veces, al llegar á las orillas del Couesnon, no parece sino que es un estanque seco. Sus orillas, cortadas perpendicularmente por el agua que se ha retirado, parecen paredes de marga verdosa. Léjos de las orillas, en medio de su cauce, pasa un canal angosto. El Couesnon corre por allí, murmurando entre los guijarros.

El dia antes, bajo el pintoresco puente, el Couesnon brillaba blanco de espuma como los rios poderosos que atormentan el limo de su cauce. El dia antes el Couesnon se estrellaba bramando contra las pilastras del puente. El Couesnon se mostraba aquel dia altivo y orgulloso.

Entonces prodigó el agua de su urna, sin cuidarse del dia siguiente, como esos hijos de familia que deslumbran á los habitantes de una ciudad antes de inspirarles compasion.

A la sazon el rio se ocultaba humilde, pequeño, reducido á sus antiguos límites, como un pobre diablo entre la última noche de orgía y el primer dia de hospital.

Pero nada era mientras permanecia en tierra firme.

Cuando cruzaba la playa, al capricho del agua añadíase el capricho de las arenas, y entonces se entablaba entre ambos una lucha desatentada.

El primero era mas fuerte; la playa le pertenecia entera, y escogia en ella su giro, hoy á la derecha, mañana á la izquierda.

Nunca habia de buscársele donde estuvo la semana anterior. ¿Corria por aquí? Pues era razon suficiente para que corriese por otra parte. De una á otra marea variaba de domicilio.

Aquel arroyuelo que se arrastraba por la playa, y que en cierto modo la surcaba como la reja de un arado, era el Couesnon. Aquel otro, tan ancho como el Loira, era tambien el Couesnon.

Verdad es que aquel rio tan grande y tan ancho como el Loira le podia uno pasar sin mojarse las ligas. En este caso, el Couesnon ostentaba sobre la arena una sábana inmensa de agua, de tres pulgadas de profundidad, y el sol se reflejaba en ella deslumbrante. Parecia un mar.

Y aquel mar tenia sus naufragios.

Sus arenas ardientes temblaban bajo el peso del viajero; se abrian, se hundian, se volvian á cerrar y volvian á brillar.

¡Terrible debe ser la muerte que viene tan lentamente, y que cada esfuerzo hace ser mas inevitable! ¡La muerte que abre traidoramente la tumba bajo las mismas plantas del agonizante! ¡La muerte en los arenales!

¡Y cuántos han perecido en aquel ancho sepulcro!

Las gentes de la costa dicen que el segundo dia de noviembre, el siguiente á la fiesta de todos los Santos, se alza una niebla blanca á la caida de la tarde.

Es la fiesta de los muertos.

La niebla blanca está formada de las almas de los que descansan en los arenales; y como esas almas son innumerables, la niebla se extiende á la bahía, envolviendo entre sus fúnebres pliegues á Tombelene y el Monte San Miguel.

Por la mañana se oyen quejas entre aquella niebla animada. Los que pasan por la orilla oyen decir:

—¡Dentro de un año!... ¡dentro de un año!...

Son las almas que se citan para el año siguiente.

El que pasa se santigua. Amanece, y la inmensa tumba vuelve á abrirse. La niebla ha desaparecido.

En el momento en que Juanillo llegaba á la orilla del Coues-

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

non, la cabalgata que habia partido del castillo de San Juan, se detenia tambien delante del rio.

Pareció que los hombres de armas se consultaban un instante entre sí, y luego aquella tropa se dividió en dos grupos.

Uno subia en direccion opuesta á la corriente del Couesnon, hácia la parte de Pontorson. El otro prosiguió su camino hácia la playa.

Juanillo ignoraba el motivo de aquella marcha nocturna. Se ocultó detrás de un arbusto para dejar pasar á los jinetes que bajaban hácia la playa.

Los jinetes pasaron.

¿Pero y la Hada?

El pobre Juanillo habia perdido sus huellas.

¡Ay Dios! ¿y los cincuenta escudos de Nantes? ¿y el amor satisfecho? ¿y la felicidad?

Juanillo volvió á aplicar el oido al suelo. ¡Trabajo inútil! El pesado paso de los jinetes sofocaba todos los demás ruidos.

¿Se habia ocultado la Hada lo mismo que él para evitar el encuentro de los soldados? ¿Habia pasado el Couesnon?

Nada sabia Juanillo; y para colmo de desgracia, la luna se hallaba oculta por una nube.

Y nada se veia en la playa.

Juanillo estaba consternado. Tenia muchas ganas de llorar. El no sabia que la Hada iba á desconfiar, y nunca... ¡oh! ¡nunca! habia de encontrar ocasion tan propicia.

Cansado de correr y sufrir, se sentó y ocultó su cara entre ambas manos.

Mientras estaba así, rozó por sus cabellos una cosa; se levantó sobresaltado y lanzó un grito, al que contestó otro mas débil.

Era el Hada que saltaba á la corriente del Couesnon.

Pues qué, no sabia ella correr por encima del agua sin mojarse las puntas de los piés?

Juanillo no se cuidaba de hacerse á sí mismo esta reflexion indiscreta. Volvió á emprender la carrera.

La Hada habia llegado ya á la opuesta orilla. ¡Bondad del cielo! lo que habia rozado los cabellos de Juanillo era el velo del Hada. Si se le hubiera ocurrido siquiera adelantar un brazo, habria podido cogerla.

En el opuesto lado del Couesnon, decididamente era preciso entrar en la playa ó dirigirse por el camino de las aldeas normandas inmediatas á la costa. Este camino vá en direccion opuesta al Monte San Miguel, y segun la primera senda que habia seguido, Juanillo pensaba que la Hada iba hácia el Monte San Miguel.

No podia dudar mucho tiempo. La Hada, despues de haber dirigido una mirada postrera al camino que describia un rodeo, vaciló, y se lanzó á toda carrera á los arenales.

¡Los arenales! eran el elemento de Juanillo. Volvió á poner sus piernas en movimiento con suma rapidez.

La luna salia de entre las nubes. La playa se iluminaba.

Podia verse la cabalgata del castillo de San Juan que iba á la ventura de un lado á otro por los arenales, unas veces alejándose, y otras acercándose al Couesnon.

Juanillo y la que perseguian, estaban ya demasiado léjos para que tuviesen gran peligro de que los descubrieran.

A la sazon corrian á cincuenta pasos uno de otra, sobre un suelo tan liso y tan terso como el cristal.

Y no habia duda de que Juanillo ganaba terreno á ojos vistas. La carrera de la Hada continuaba siendo ligera y rápida; pero Juanillo, que la devoraba con la vista, creia descubrir algunos síntomas de cansancio. Con esto se aumentaba su valor y seguia diciendo para sí:

—¡Mia es! ¡mia es!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

No sabia que las Hadas suelen ser, por lo general, de carácter bastante burlon.

Simon le Priol, que era muy fuerte en materia de hadas, hubiera podido decírselo. Las hadas dejan que se las acerque el pobre chicuelo que las persigue, le estimulan con un cansancio fingido, le echan un cebo, por decirlo así, y cuando le ven fatigado, encuentran medio de estimularle. Así, mientras tiene un poco de aliento, sigue corriendo; luego, en el momento de ir á apoderarse de la Hada, esta echa á volar, dejándole con la boca abierta, sudando y jadeante.

Y era feliz todavía si el travieso espíritu no le hacia caer en un agujero. El pobre Juanillo era un ignorante.

Coger á una Hada á la carrera era como querer coger á la luna con los dientes. A las hadas se las persigue, pero no se las coge. Esto todo el mundo lo sabe.

Si el tio Simon hubiese oido al pescadorcillo de mariscos decir con tono de triunfo: « ¡Mia es! ¡mia es! » se hubiera reido á carcajada tendida; ¿por qué habia alcanzado buen éxito el caballero breton? Porque habia cogido á la Hada en el momento en que se bajaba para alcanzar las golosinas compradas en casa del confitero de la ciudad de Dol. Todo esto es evidente.

Pero Juanillo seguia ganando terreno. Ya no habia entre la Hada y él mas que treinta pasos de distancia.

El viento llegó á su frente mas fresco.

—¡Está subiendo la marea! dijo para sí.

Se hallaba á la mitad del camino del Monte, en la línea del camino de Pontorson.

Mientras iba corriendo preparaba en su mente una estratagema que le sugerian sus conocimientos prácticos de las playas y las mareas.

Los arenales son llanos; pero hay canales cuya pendiente es casi imperceptible á la simple vista, y en los que la marea sube

mucho tiempo antes de cubrir las arenas. Juanillo estudió el terreno durante algunos segundos. Luego varió bruscamente de direccion, y no parecia sino que cesaba de perseguir á la Hada. Mientras esta corria hácia el Norte, en direccion al Monte, que se veia tan claro como de dia, Juanillo se dirigia al Este, sin acortar el paso lo mas mínimo.

Entonces sí que Simon le Priol, las cuatro muchachas y los cuatro mozos de labranza se hubieran reido con toda su alma.

A la verdad, ¡triste recurso era el que adoptaba Juanillo! Con una chicuela de carne y hueso, acaso habria alcanzado buen éxito, porque al dejarla correr hácia una charca que no veia y en la que el mar estaba ya, conseguia sobre ella un adelanto considerable; pero con un Hada era inútil. Saltaria por encima del charco, y nada conseguiria el que iba persiguiéndola.

A no ser que al Hada se le antojase fingir que se veia apurada para burlarse mejor del pescador de mariscos.....

Así sucedió; ya fuese ó no fingimiento, la Hada permanecia ante el charco, sin decidirse á pasarlo, pues ni siquiera sospechaba antes su existencia.

En seguida dió la vuelta alrededor, y naturalmente, se encontró frente á frente con Juanillo, que estaba aguardando.

La Hada se echó el velo á la cara.

—¿Qué quereis? dijo con voz algo temblorosa.

El corazon de Juanillo latia con singular violencia. Sin embargo, contestó resueltamente y con toda la candidez de su fe supersticiosa:

—¡Buena Hada, perdonadme! quiero cincuenta escudos de Nantes para casarme con la linda Simoneta.

Y á fin de que la buena Hada no pudiese jugarle alguna mala pasada (y en esto las muchachas y los mozos le hubieran aplaudido, así como Simon le Priol), cogió á la Hada por la cintura y la sujetó respetuosa pero fuertemente.

BIBLIOTECA ALFONSINA